

Queridos hermanos,

En unión con la Iglesia universal, como porción del Pueblo de Dios en estas tierras de la Diócesis de Lugo, hemos venido en peregrinación hasta nuestra Catedral, para inaugurar también nosotros aquí el Año Santo 2025 del nacimiento del Salvador.

Dios viene al mundo y nace en Belén para establecer la Alianza nueva y definitiva con su Pueblo, con un Amor que no se deja detener por nuestra infidelidad y una misericordia de riqueza incomparable con nuestros pecados.

La convocatoria del Año Jubilar Romano por el Papa Francisco es una invitación para todos a levantar la mirada con alegría hacia esta gran obra de salvación iniciada en Navidad hace 2025 años; y a recordar que sigue presente en la historia, iluminando y orientando nuestros caminos en la vida, conduciéndolos a su verdadero destino, a la realización plena de nuestra esperanza, en el Reino de los cielos.

Estamos convocados ante todo a guardar memoria viva del misterio de amor y de reconciliación del que nacemos: de la Encarnación de Jesús, el Hijo de Dios, de su entrega en la Cruz para el perdón de los pecados, de la participación que nos da en el tesoro inmenso de su Corazón abierto, de sus méritos más personales, de la unidad que vive plenamente con el Padre.

El misterio de nuestra comunión en Cristo inicia ya con su nacimiento, que celebramos especialmente este Año Santo, en el que tiene lugar un admirable intercambio. El Hijo de Dios, Jesús, nacido de María Virgen, por amor a los hombres asume nuestra condición, nuestras deudas, se une definitivamente a nosotros; de modo que en Él nuestra humanidad vivirá plenamente unida al Padre, será capaz de todos los sacrificios por Él –para que se cumpla su voluntad– y por sus hermanos, y se llenará para siempre de vida y de gloria en la resurrección.

Así, en Jesús el Padre nos ofrece todos los tesoros de la reconciliación y de la sabiduría; inaugura el tiempo de la gracia y la verdad: si ha entregado a su Hijo por nosotros, ¿cómo no nos dará todo con Él? Al acoger el don de su misericordia y de su amistad, nuestra existencia se encuentra sostenida por una esperanza inquebrantable: caminamos ya con una meta, estamos llamados a dar fruto abundante según la misión encomendada a cada uno; no estamos dejados a nuestras solas fuerzas, no desfallecemos, porque el Señor está con nosotros todos los días, hasta el fin del mundo, y nos hace miembros de su Cuerpo, de esa gran compañía de sus hermanos que es la Iglesia.

Esta es nuestra confianza, la que fundamenta nuestra esperanza y orienta nuestra vida: el Amor del Señor Jesús no pasa nunca y no defrauda; nosotros pertenecemos a la gran comunión de sus hermanos, en una unidad profunda e irrevocable con Él, sellada en el bautismo y renovada perennemente en la comunión de su Cuerpo y de su Sangre, en el sacramento de la confesión.

En este Año Jubilar 2025 la Iglesia nos recuerda el Amor del Señor, y nos exhorta, en particular, a creer en el perdón y la reconciliación, en la victoria sobre el mal, a dejar atrás el pecado, presente también en nuestra vida. Pues el pecado que tengamos no nos define; sino que, en realidad, nos es ajeno, no nos conduce a nuestra verdadera meta, ni da sentido y fecundidad al tiempo que Dios nos pone a disposición. Las riquezas de gracia de este Año, que permiten ganar la indulgencia plenaria, e incluso por un difunto, nos recuerdan nuestro horizonte verdadero: la plenitud de nuestras personas, libres del mal, unidas al Señor, participando de su Amor y de su gloria.

En este Año Jubilar, en esta Catedral y en los diferentes santuarios en que podemos ganar su indulgencia en nuestra Diócesis, estaremos unidos a todos los nuestros que han peregrinado de generación en generación en la esperanza de la fe, que han confiado su vida a nuestro Señor, para darle forma buena en este mundo y alcanzar un destino feliz.

La obra de la salvación iniciada con el nacimiento del Señor Jesús atraviesa los siglos, hasta hoy mismo. No podemos olvidar que el misterio de su Amor divino, de la comunión de la Iglesia, que une cielos y tierra, pueblos y gentes, está presente entre nosotros. Ha dado forma y fecundidad a nuestras casas y parroquias desde tiempo inmemorial, ha iluminado con esperanza viva gozos y tristezas, alegrías y dificultades, ayudándonos a no ser derrotados por el mal y el pecado, y ni siquiera por la muerte.

Pidamos esta inmensa esperanza de bien para nosotros y para nuestra tierra. La necesitamos cada uno, la necesitan nuestros seres queridos, nuestras familias y parroquias. Pero la necesita nuestro mundo, donde abunda el pecado y la mentira; y donde todos anhelamos signos de esperanza, palabras dignas de confianza, aliento de vida, luz verdadera para el camino.

El Año Jubilar nos convoca a vivir como miembros del Pueblo de Dios, reconociendo con fe el Amor que nos manifiesta el Señor Jesús. Y a ser juntos "peregrinos de esperanza", que hablan creíblemente de perdón y de reconciliación en medio del mundo, de la voluntad de orientar la propia vida por los caminos de la justicia y de la paz, de mirar al prójimo y a la propia existencia ciertos de su dignidad y destino, como amados de Dios.

Encomendemos este Año Jubilar a la Santísima Virgen María, Madre de Dios, cuya certeza ante la presencia de su Hijo, Dios-con-nosotros, no pudo ser quebrantada ni siquiera ante la cruz. Ella llevó a cabo su peregrinación en la fe con una esperanza sin límites, que mereció llenarse de luz para siempre contemplando a su Hijo resucitado al tercer día.

Como nuestra Madre, podrá guiar nuestro corazón para que nos acerquemos con humildad y esperanza grande a la fuente del perdón y de la indulgencia. Y será nuestro amparo, para que hagamos el camino de la vida ciertos del Amor de Dios, como un Pueblo que sigue anunciando la buena noticia de la justicia, la verdad y la paz, el "Año de gracia" del Señor.

+Alfonso,
Obispo de Lugo